

RANSOM RIGGS



LA CONFERENCIA DE LOS PAJAROS

LA QUINTA NOVELA DE

EL HOGAR DE MISS PEREGRINE

PARA NIÑOS PECULIARES

Las últimas palabras de H, el vínculo final de Jacob con la vida secreta de su abuelo Abe, le confían una misión: Llevar a la nueva peculiar Noor Pradesh a un operativo conocido solamente como V.

Noor está siendo perseguida. Es la protagonista de una antigua profecía, una que predice el Apocalipsis. Salvando a Noor, se salva el futuro de todo el mundo peculiar. Pero hay pocas pistas y el tiempo se acaba.

# Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

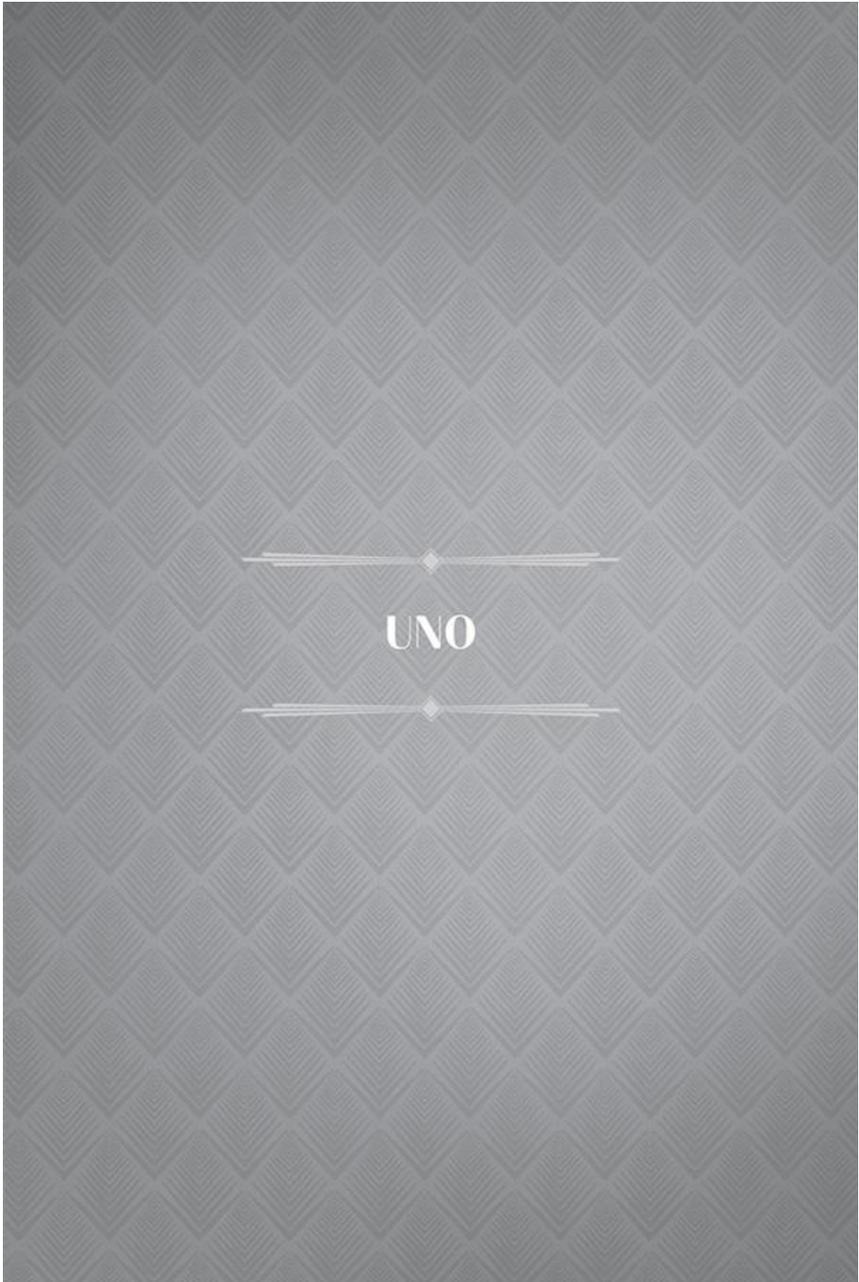
Epílogo

Acerca de las fotografías

Sobre el autor

«Vosotros, que vivís en ciudades y lleváis vidas apacibles, no tenéis modo de saber si vuestros amigos atravesarían un infierno para ayudaros. Pero aquí, en las llanuras, los amigos tienen la oportunidad de demostrar su valía».

William F. «Buffalo Bill» Cody



Agazapados en las entrañas verde neón de un mercado de marisco en Chinatown, al final de un pasillo flanqueado de acuarios rebosantes de cangrejos, nos escondíamos en la bolsa de oscuridad que la devoradora de luz había creado, vigilados por miles de ojos alienígenas. Los pistoleros de Leo estaban cerca, y enfadados. Oímos gritos y ruido de cristales rotos cuando destrozaron el mercado a su paso, decididos a dar con nosotros.

–Por favor –oí llorar a una anciana–. No he visto a nadie...

Comprendimos demasiado tarde que nos habíamos escondido en un pasillo sin salida y ahora estábamos atrapados en nuestro pequeño resquicio, pegados a una cañería entre montones de crustáceos condenados a muerte, cuyos depósitos se apilaban en inestables torres de diez pisos, casi hasta el techo. Como contrapunto a los golpes y los gritos, por debajo de nuestras respiraciones entrecortadas de puro miedo, sonaban los incansables golpeteos de las pinzas de cangrejo contra el cristal como una desacompasada orquesta de máquinas de escribir escaharradas que me estaba taladrando el cráneo.

El ruido, por lo menos, enmascararía nuestras respiraciones. Tal vez bastara con eso, si Noor lograba sostener su oscuridad sobrenatural y si los hombres de andares pesados cuyos pasos resonaban cada vez más cerca no se detenían a observar el tembloroso vacío de contornos cambiantes que nos envolvía. Era como una ausencia en el espacio, una perturbación distinguible si la mirabas con atención. Noor la había creado desplazando la mano a

nuestro alrededor con el fin de dibujar sombras según la luz se compactaba en la yema de sus dedos como glaseado fosforescente de un pastel. Se llevó la luz a la boca, donde resplandeció a través de sus carrillos y le iluminó el cuello al descender por su garganta... hasta que se la tragó.

Los matones de Leo la buscaban a ella, pero estarían encantados de capturarme a mí también, aunque solo fuera para descerrajarme un tiro. A estas alturas ya habrían encontrado el cadáver de H, que yacía muerto en su casa con los ojos arrancados por su propio espíritu hueco. Hacía un rato, H y el hueco habían rescatado a Noor del bucle temporal de Leo y, en el rifirrafe, habían herido a unos cuantos de sus hombres. El hecho no era tan grave en sí mismo. Lo imperdonable para Leo Burnham, cabecilla peculiar del clan de los Cinco Distritos, era la humillación. Le habían robado una fiera que consideraba suya en su propia casa, el centro neurálgico de un imperio peculiar que abarcaba gran parte de la Costa Este de los Estados Unidos. Si descubrían que yo estaba ayudando a Noor sería eso, más que nada, lo que determinaría mi condena a muerte.

Los hombres de Leo se estaban acercando y el volumen de sus gritos aumentaba por momentos. Noor no dejaba de reajustar su zona de oscuridad, reforzando los contornos con el índice y el pulgar cuando empezaba a difuminarse y rellenando la parte interior si se filtraba algo de luz.

Me habría gustado ver la cara de Noor, tener la oportunidad de interpretar su expresión. Quería saber qué estaba pensando, cómo llevaba la situación. Me costaba entender cómo alguien tan nuevo en este mundo era capaz de afrontar pruebas tan terribles sin desmoronarse. A lo largo de los días pasados la habían perseguido normales con helicópteros y dardos tranquilizantes, la había secuestrado una hipnotizadora peculiar que pretendía venderla

en una subasta y, si bien escapó, acabó siendo capturada por la banda de Leo Burnham. Tras eso, Noor pasó varios días encerrada en una celda del cuartel general de Leo, fue rociada con polvo de sueño mientras escapaba con H y, al despertar, encontró a su rescatador muerto en el suelo. El impacto de ese descubrimiento fue tan tremendo que brotó de su interior un misil de luz concentrada potente como una explosión nuclear (y que, por cierto, por poco me arranca la cabeza).

Cuando se recuperó de la impresión, le conté una parte de lo que H me había revelado antes de exhalar su último aliento: existía un último cazador de huecos, una mujer llamada V, capaz de proteger a Noor y debía llevarla con ella. Las únicas pistas de su paradero eran un fragmento de mapa hallado en la caja fuerte de H y las instrucciones cifradas que el siniestro espíritu hueco de H, Horatio, nos había proporcionado.

Sin embargo, todavía no le había explicado a Noor los motivos por los que H se había esforzado tanto en ayudarla, nos había reclutado a mis amigos y a mí para su causa y, al final, había dado la vida para rescatarla de Leo. No le había hablado de la profecía. Apenas habíamos tenido tiempo para charlas, por cuanto llevábamos huyendo para no morir desde que oyéramos a los hombres de Leo en el rellano del piso de H. Pero había otra razón para mi silencio: teniendo en cuenta todo lo que Noor estaba descubriendo últimamente, temía que fuera demasiada información de una vez.

*Una de los siete cuya llegada fue anunciada... Están destinados a liberar el reino peculiar... Su nacimiento presagia el comienzo de una nueva era. Una muy peligrosa...* Parecían los delirios de un iluminado chiflado. El mundo peculiar había desafiado una y otra vez las tragaderas de Noor (por no hablar de su cordura) y me preocupaba que saliera por piernas si le hablaba de la profecía. Cualquier persona normal habría huido espantada hace tiempo.

No obstante, Noor Pradesh era cualquier cosa menos normal. Era peculiar. Y, por encima de todo, tenía un temple de acero.

En ese momento me acercó la cabeza y susurró:

–Entonces, cuando salgamos de aquí..., ¿qué plan tenemos? ¿A dónde vamos?

–Tenemos que marcharnos de Nueva York –le dije.

Guardó silencio. A continuación:

–¿Marcharnos? ¿Cómo?

–No lo sé. ¿En tren? ¿En autobús?

Yo todavía no lo tenía pensado.

–Ah –respondió ella con un amago de decepción en la voz–. ¿No podrías, no sé, teletransportarnos con magia? ¿Usando un portal temporal de esos que tú conoces?

–La cosa no funciona así. Bueno, supongo que a veces sí –rectifiqué, pensando en los portales del panbucleticón –, pero tenemos que encontrar uno.

–¿Y qué pasa con tus amigos? ¿No tienes a... alguien a quien recurrir?

La pregunta me encogió el corazón.

–Ni siquiera saben que estoy aquí.

*Y aunque lo supieran...*, pensé al momento.

Noté que mi respuesta la desanimaba.

–No te preocupes –la tranquilicé–. Ya se me ocurrirá algo.

En cualquier otro momento el plan habría sido sencillo: acudir en busca de mis amigos. Habría dado cualquier cosa por poder hacerlo ahora mismo. Ellos sabrían qué hacer. Me habían apoyado sin reservas desde mi llegada al mundo peculiar y sin ellos me sentía como un barco a la deriva. No obstante, H había mostrado una gran insistencia en que mantuviera a Noor alejada de las ymbrynes y, en cualquier caso, tampoco estaba seguro de seguir teniendo amigos, o por lo menos no tan incondicionales como antes. Lo que H había hecho, y lo que yo estaba haciendo ahora mismo, destruiría seguramente cualquier

posibilidad de que las ymbrynes restauraran la paz entre los clanes. Y era muy probable que hubiera dañado de manera irreparable la confianza que mis amigos habían depositado en mí.

Así que estábamos solos. Y en esa situación el plan era sencillo, pero tosco a más no poder: correr mucho, pensar deprisa, cruzar los dedos.

¿Y si no éramos lo bastante rápidos? ¿O la suerte no estaba de nuestro lado? En ese caso nunca tendría ocasión de hablarle a Noor de la profecía. Y ella pasaría el resto de su vida, por larga o corta que fuese, sin saber por qué la perseguían.

Oí un estrépito a poca distancia y más gritos de los sicarios de Leo. No tardarían nada en llegar a la altura de nuestro escondrijo.

–Tengo que contarte una cosa –susurré.

–¿No puede esperar?

Yo había escogido el peor momento posible. Pero quizá fuese el único.

–Tienes que saberlo. Por si tenemos que separarnos o... pasa algo.

–Vale –suspiró—. Cuenta.

–Te va a parecer de locos, así que antes de que lo oigas ten en cuenta que ya sé lo que parece. Antes de morir, H me habló de una profecía.

En las intermediaciones, un hombre intercambiaba abruptos con los esbirros, él en cantonés, ellos en inglés. Oímos un bofetón, un grito, una amenaza ahogada. Noor y yo nos miramos angustiados.

–¡Allí detrás! –gritó uno de los sicarios.

–Se refiere a ti –proseguí. Mis labios casi rozaban su oreja.

Ahora Noor estaba temblando. Los contornos de la oscuridad fluctuaban también a nuestro alrededor.

–Adelante –musitó ella.

Los hombres de Leo doblaron la esquina del callejón. No había tiempo para seguir hablando.

\* \* \*

Los sicarios avanzaban por el pasaje hacia nosotros, arrastrando consigo a un pobre vendedor. Los haces de las linternas bailaban por las paredes, refractados por los acuarios de los cangrejos. Yo no me atrevía a levantar la cabeza por miedo a traspasar los confines de la oscuridad creada por Noor. Tensé los músculos y me mentalicé para enzarzarme en una lucha sumamente desigual.

Y entonces, a mitad de camino, se detuvieron.

—Aquí no hay nada más que acuarios de cangrejos —gruñó un hombre.

—¿Quién la acompañaba? —preguntó otro.

—Un chico, me parece, no lo tengo muy claro...

Se dejó oír un segundo bofetón y el vendedor gimió de dolor.

—Suéltalo, Bowers. No sabe nada.

Empujaron al hombre de mala manera. Cayó a trompicones, se levantó y salió corriendo.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí —gruñó el primer pistolero—. Seguro que la chica se ha marchado hace rato. Junto con los pirados que se la llevaron.

—¿Creéis que habrán encontrado el portal al bucle de Fung Wah? —preguntó un tercero.

—Es posible —asintió el primer hombre—. Enviaré a Melnitz y a Jacobs a comprobarlo. Bowers, revisa a fondo esta zona.

Conté las voces. Eran cuatro, puede que cinco. El tal Bowers pasó por delante de nosotros y vi su pistolera, que le colgaba a la altura de nuestros ojos. Alcé la vista sin mo-

ver la cabeza. Era un tipo fornido enfundado en un traje oscuro.

–Leo nos matará si no la encontramos –masculló Bowers.

–Al menos le llevaremos un wight muerto –alegó el segundo hombre–. De algo servirá.

Mi cuerpo se tensó de la sorpresa y noté un cosquilleo en los oídos. ¿Un wight muerto?

–Pero si ya estaba muerto cuando lo encontramos –señaló Bowers.

–Leo no tiene por qué enterarse –replicó el primero entre risas.

–Habría dado cualquier cosa por liquidarlo yo mismo –suspiró Bowers.

Llegó al fondo del callejón, situado a nuestra derecha, antes de dar media vuelta para avanzar de nuevo hacia nosotros. El haz de su linterna resbaló sobre la mancha oscura de Noor e iluminó un acuario situado junto a mi cabeza.

–Le puedes propinar una buena patada al cadáver, si te hace ilusión –sugirió el tercer matón.

–No... Aunque no me importaría atizarle un puntapié a esa chica –gruñó Bowers–. O hacerle algo peor. –Echó a andar hacia los demás–. ¿Visteis cómo ayudaba al wight?

–No es más que una fiera. No sabe lo que le conviene, todavía –respondió el primer hombre.

–Una fiera, tú lo has dicho –dijo el segundo sicario–. No entiendo por qué tenemos que tomarnos tantas molestias por ella. ¿Únicamente por sumar un peculiar más a nuestro clan?

–Porque Leo no perdona ni olvida –replicó el primero.

Noté que Noor se revolvía a mi lado e inspiraba profundamente para tranquilizarse.

–Dejadme un ratito a solas con ella –rezongó Bowers–. Ya os enseñaré yo lo que tiene de especial.

Se detuvo a nuestra altura y giró despacio en redondo al mismo tiempo que iluminaba las paredes y el suelo con la linterna. Mis ojos se posaron en su pistolera. El haz de luz atravesó el acuario de nuestra izquierda hasta detenerse directamente sobre nosotros. Incapaz de penetrar la oscuridad de Noor, el rayo se interrumpía a pocos centímetros de nuestras narices.

Contuve el aliento mientras cruzaba los dedos para que ni un pelo asomara de nuestro refugio de oscuridad. Bowers torció el gesto, como si hubiera notado algo extraño.

—¡Bowers! —gritó alguien al fondo del callejón.

El hombre se volvió a mirar, pero no desplazó la linterna.

—Reúnete aquí fuera con nosotros cuando hayas terminado. Cuando terminemos de echar un vistazo al bucle de Fung, inspeccionaremos un perímetro de tres manzanas.

—¡Y pillá un par de cangrejos bien gordos! —gritó el primer hombre—. Llevaremos algo de cena. Puede que eso mejore el humor de Leo.

El haz de la linterna enfocó el tanque de nuevo.

—No entiendo cómo la gente se puede comer estas cosas —gruñó Bowers para sí—. Son como arañas marinas.

Los demás se marcharon y nos quedamos a solas con el esbirro. Plantado a cosa de metro y medio, miraba el tanque de cangrejos con una mueca de asco en la cara. Bowers se despojó de la chaqueta y empezó a arremangarse. No teníamos que hacer nada más que esperar y en pocos minutos...

Noor se agarró a mi brazo. Estaba temblando.

Al principio pensé que se estaba desmoronando a causa de la tensión, pero escuché una rápida sucesión de inhalaciones y comprendí lo que estaba pasando: intentaba no estornudar.

*Por favor*, articulé con los labios, aun sabiendo que no me veía. *No*.

El hombre hundió la mano con cautela en el acuario que tenía más cerca. Sus dedos regordetes tanteaban en busca de un cangrejo mientras él hacía esfuerzos por no vomitar.

Noor se quedó rígida. Oía el rechinar de sus dientes según intentaba contener el estornudo.

El hombre gritó y retiró la mano del tanque a toda prisa. Lanzó una maldición al mismo tiempo que agitaba la mano en el aire como un poseso, pero no conseguía librarse del grueso cangrejo azul que se le agarraba con fuerza a un dedo.

Y entonces Noor se incorporó de sopetón.

—Eh —gritó—. Gilipuertas.

El hombre se volvió a mirarnos. Antes de que pudiera articular palabra, ella estornudó.

Fue un estornudo explosivo. Toda la luz que se había tragado salió proyectada en forma de un rocío verde fosforescente que salpicó el suelo y la pared de enfrente y envolvió la cara del hombre en una bola de luz. El resplandor no era tan intenso como para lastimarlo y mucho menos para provocarle quemaduras, solo lo suficiente para dejarlo un momento aturdido mientras su boca dibujaba una O de perplejidad con forma de huevo.

La pequeña bolsa de oscuridad en la que estábamos escondidos desapareció al instante. El hombre gritó y, por un momento, nos quedamos los tres pasmados, como paralizados por un hechizo. Yo acuclillado en el suelo; Noor de pie a mi lado, tapándose la nariz y la boca con la mano; Bowers con el brazo levantado y el revoltoso cangrejo todavía colgando del dedo. Cuando me incorporé a toda prisa, el hechizo se rompió. El esbirro corrió a cortarnos el paso al mismo tiempo que se llevaba la mano libre al revólver.

Arremetí contra él antes de que pudiera usarlo. Cayó de espaldas y yo me abalancé encima de él. Forcejamos para agarrar la pistola. Un codo me golpeó la frente y un

dolor agudo me recorrió de la cabeza a los pies. Noor se acercó por detrás y le atizó en el brazo con una barra metálica que había encontrado. El matón apenas si parpadeó. Apoyando las dos manos contra mi pecho, me empujó a un lado.

Corrí hacia Noor para alejarla del matón. Mientras yo la empujaba, el sicario consiguió hacer dos disparos. El estrépito fue brutal, no tanto restallidos como explosiones sónicas. El primer disparo rebotó en la pared. El segundo hizo trizas el acuario que él tenía justo al lado. Estaba de una pieza y, en un abrir y cerrar de ojos, había estallado en pedazos. Los cangrejos, el agua y el cristal roto se derramaban por doquier mientras los numerosos acuarios que se amontonaban sobre el recipiente roto empezaban a volcarse y a resbalar por el pasaje. El que ocupaba el puesto más alto se estrelló contra la columna de enfrente y los demás se hicieron añicos por encima de Bowers. Debían de contener cientos de litros cada uno y pesar un quintal entre todos, porque en menos de tres segundos el hombre estaba aplastado y medio ahogado. Mientras tanto, una serie de choques en cadena precipitó al suelo casi todos los acuarios del pasillo entre tremendas explosiones de ruido y cristal. Las rupturas no solo liberaron a los crustáceos prisioneros, sino que crearon una gran ola de agua fétida que arrasó el callejón y nos derribó a los dos.

Tosimos y escupimos aquel líquido repugnante. Miré a Bowers y me encogí horrorizado. Tenía la cara hecha trizas, iluminada por un fulgor verde, y su cuerpo cubierto de cangrejos que en movimiento parecía animado, aunque estaba muerto en realidad. Di media vuelta a toda prisa y me abrí paso por el estropicio hacia Noor, que se había deslizado pasillo abajo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté. La ayudé a levantarse y comprobé que no tuviera heridas.

Ella se examinó la piel a la luz tenue del callejón.

—Tengo los brazos y las piernas en su sitio. ¿Tú?